



LA CELESTINA

Se contaban sus tristezas y sus alegrías y sus pensamientos y sus impresiones. Se lo contaban todo.

Por una de esas mil varias circunstancias que en la batalla de la vida llevan y traen á las personas, hacia algún tiempo que no se habían visto, y hoy, al encontrarse

de nuevo, ambas pretendían ser la primera en contar á la otra lo á ella sucedido en el lapso de tiempo de la ausencia, suspendiendo á veces el diálogo para entregarse, con alocamiento, adorable á demostraciones de cariño en las cuales desperdiciaban sensiblemente miriadas de besos de sus boquitas rojas. Eloísa, la más joven y alegre (y hay que advertir que su interlocutora no contaría más de veinte años), refirió, salpicándolas con comentarios ácidos, las mil fatilezas que á una señorita, cuya inseparable vigilante y preceptora es una *miss* que *contiesa* sus cuarenta otoños, pueden ocurrirle, y Fuensanta, después de oír arrobada su narración, le dijo mientras quitaba con brusco, nervioso movimiento, una crencha negrísima separada del resto de los rizos, y caida al desgaire sobre su frente de blanca realeza:

—¿Y es eso todo lo que te ha sucedido?... ¡Valiente sosería... si vieras á mí!...

Y como en toda cláusula incompleta de una mujer joven hay latente el recuerdo de una historia de amor pretérito ó el halagador sueño de uno futuro, Eloísa, conocedora, y ¿cómo no? de esta circunstancia, con esa natural curiosidad femenil centuplicada cuando se trata de amorosos lances, arrastró á su amiga, para continuar cómodamente la conversación, hacia uno de los más solitarios bancos del paseo, ya bañado por los últimos rayos violáceos del sol, que casi se ocultaba, rodeado de refulgente y caprichosa cohorte de nubes rojizas.

Hubo primero fórmulas y juramentos de silencio; lágrimas y consuelos preliminares; petición del nombre del galán, exabrupto horroroso de la indiscreción femenil; negación de éste; cargo sobre la falta de confianza; descubrimiento y nueva ocultación del apellido; y por último, después de algunos suspiros de interpretación casi imposible, tomó Fuensanta la palabra ó hizo uso de ella con voz apagada por lo misterioso de la entonación, pero simpática y dúctil con arrebatos y con cadencias fieles reveladoras de los sentimientos que iba narrando. Eloísa oía.

—Mira, yo le conocí casualmente; nos le presentaron en la reunión de las de Armengol, y á todas nos fué muy simpático por su trato y por su figura (es moreno, alto, con bigote negro ¿sabes?). Tocó admirablemente algunas cosas en el piano, y después papá le cogió por su cuenta al saber que era músico novel y no le dejó con su melomanía en toda la noche, al término de la cual le dijo, á tiempo que nos despedíamos: «No hay que apurarse, joven; yo creo que la primera condición necesaria de artista luchador es la pobreza; no se aflija usted, que si usted vale, como creo, malo será que no podamos ayudarle.» Y nos fuimos á casa. Yo te juro, y puedes creerme, que aquella noche ni me fijé en él... Entonces me andaba haciendo números Pepito Togores.

—A quien le diste calabazas.

—Sí, bueno, y á Manolo Tolosa después. Pero volvamos á mi cuento. La ayuda de papá no se hizo esperar, y á que no sabes en cuál forma? Pues como no le podía ofrecer dinero ni otra cosa por el estilo, va ¿y qué hago? le nombra de la noche á la mañana mi profesor de música, y ahí tienes tú á Fuensanta muerta de vergüenza ante su nuevo preceptor, el cual, como para azorarme más, me dice, á guisa de presentación: «Mire usted, Fuensanta, nosotros somos dos amigos: usted es lista y tiene condiciones, por lo cual yo, fiando más en su talento que en mi suficiencia, promete á su padre el gran resultado que de estas lecciones espero... Chica, te aseguro que lo menos en cuatro ó cinco días no di pie con bola; en el sexto fué donde logré empezar á soltarme. Para abreviar: á los quince días fuimos dejando á un lado la etiqueta; á los veinte noté (ya sabes que esas cosas nunca nos pasan desapercibidas) que yo le gustaba á Ernesto muchísimo más que Wagner y que Verdi, y que gozaba más en que yo me equivocase para rozarme suavemente la mano al corregirme, que en oírme ejecutar á la perfección todas las piezas del repertorio; á los veinticinco tuvo que separar su banqueta de la mía por... mamá que me llamaba la atención, y cuando llegó el mes... bueno, cuando llegó el mes no pasó nada, pero á los cuatro ó cinco días noté lo cortísima que me parecía la lección y ¡asómbtrate! lo muchísimo que me equivocaba.

—¡Ja, ja, ja! Pero eso es tan vulgar como lo que yo te he contado.

—Hasta aquí sí, pero no en adelante; verás. El ya tenía en casa gran confianza con todos... menos conmigo, y no por mi causa; hasta mi padre le llegó á decir que me trataba con mucha etiqueta. ¿Cómo iba á suponerse que no pasados muchos días iba él mismo á echarle de la casa? En mi vida he visto un hombre más cobardé y más respetuoso... lo contrario que aquel Rodrigo Bermúdez que se empeñó en ver si mis caderas eran postizas. Por supuesto, que yo gozaba viéndole sufrir, aunque por otra parte me daba lástima (ya sabes tú que tengo buen corazón); ¡pero ea, al grano! ya te veo muriendo de impaciencia.

—Sí, chica, lo confieso.

—Seré breve: mi padre llevó un día música nueva y nos pusimos á hojearla. Había, entre otras cosas, el álbum de sonatas de Beethoven, y él, señalándome una de ellas, me dijo con tono insinuante, confidencial: «Mire, Fuensanta, ¿sabe usted cómo le llama á esta sonata un amigo mío? *La Celestina*; es de las más inspiradas y llenas de pasión del gran artista. ¿Quiere usted oírla? Y se puso á tocarla con su acostumbrada maestría, poniendo en ella toda su alma, y no sus ojos, porque esos los tenía en mí, con tal fijeza, que parecían decir una porción de insultos y procaçidades de las que no había derecho á quejarse.

—¿Qué bien, chica!

—¿Qué bien! Yo pregunté después á Paquita Luna, que, á su vez para contestarme, tuvo que preguntárselo á su novio, el significado de *La Celestina*... ¡No me interrumpas; ya te lo diré luego!

—Bueno, sigue. Mi impaciencia crece.

—Parece que te interesa la historia ¿eh?

—Como si fuera mía.

—Empezó á tocar, y de qué manera!... Yo nunca he sentido tantas y tan variadas impresiones; parecía que las notas iban despertando en mí sensaciones vagas de goces sin cuento: gratísimos sueños de otoño en el alma; vivificador despertar de primavera, ansias espasmódicas, ni aun presentidas, en el cuerpo. Mis nervios hacían temblar con movimientos isócronos mis piernas que fatalmente tocaban las suyas. La sangre fluía violentamente á mi rostro, y parecía como una bofetada que me dieran desde mi interior.

Eloísa suspiró.

—Creo que era la sonata catorce; sí. Primero venía el *andante*; grave, solemne, angusto; eran verdaderos quejidos y deseos y lágrimas que daban ganas de llorar y de quejarse y de descubrir ignotos, recónditos deseos; después entraba valientemente el *allegro*, también como el *andante* lleno de pasiones sin límites... ¡Parecía que habían aprisionado en el pentágono los amores y las tristezas de mil generaciones de veinte años! Yo, al volver las hojas, sentía sobre mi cara su aliento calijinoso, mareante, y parte de mi cabellera blonda tocaba la suya encrespada, la cual caía artísticamente sobre su frente amplia, surcada por venas enérgicas de un tono morado; su hombro y su brazo oprimían el hombro y el brazo mío... yo creo que las banquetas estaban bastante más cerca que en la tarde que me regañó mi madre. Del piano salían en acordes supremos, torbellinos de notas ya graves, brillantes, cristalinas, las que modulando, como baladas de amores y cuentos de princesas seducidas por pajecillos encantados, reuníanse en un acorde nervioso, pujante y carnal que saturaba el ambiente de laxitud como si hubiera en la habitación muchas respiraciones, muchas flores y mucho humo. Sus manos corrían vertiginosas por el teclado, el cual se quejaba de su violencia en aludes de notas que atropellábanse en el clave, como en nuestros cuerpos las sensaciones... ¡Te juro que si Paquita Luna no me hubiera explicado lo que quería decir *La Celestina*, lo hubiera adivinado sin remedio!... Y el piano se calló de pronto, y yo sentí, ó me pareció sentir, una nube de besos en mi cara y una cárcel de abrazos en mi cuerpo... ¡Ay, Eloísa!...

Y su voz se ahogó de pronto, y empezó á sollozar incansable como afligida de una gran desgracia; y Eloísa, cuya imaginación y cuyo deseo habían completado la narración interrumpida, la besuqueaba y consolaba diciéndole:

—¡No llores, tontina, no llores; si una falta así no puede Dios castigarla; si siendo por cariño no es malo; si nadie ha de saberlo; si después de lo sucedido él ha de casarse remediando la falta!... ¡No llores, tontina, no llores!

Y ella, levantando su cara llena de sorpresa, surcada de lágrimas, respondía ingenua, con voz apagada, entre sollozos:

—¡No, si no pasó nada!... ¡si lloro por eso!... ¡si lloro por eso!... ¡si no pasó nada!...

Y sollozaba, lloraba inconsolable bajo el turbión de caricias de su compañera...

Había cerrado la noche y en el azul intonso de la atmósfera, destacábase como en realce la faz bonachona de la luna, entre un montón de nubarrones grises, que parecían adoptar formas grotescas.

¡Un artista más en la miseria y un enemigo más para Beethoven!...

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

